



► 5 Julio, 2016

Lágrimas gitanas

El portugués Quaresma, que ha visto relanzada una carrera que amenazaba ya con su crepúsculo, sufrió desde niño prejuicios racistas por su etnia gitana / Tiene tatuadas dos lágrimas, que suelen simbolizar la muerte de seres queridos

FRANCISCO CABEZAS



ENVIADO ESPECIAL BAHÍA

La voz de Ricardo Quaresma (Vila Nova de Famalicão, 1983) es dulce y pausada. Se diría que delicada. Conviene estar atento, porque los sonidos fluyen como la brisa de verano. De ahí que el contraste ante su rotunda presencia impacte tanto tras el primer encuentro, producido tras derrumbarse emocionado sobre el césped justo después de marcar en Marsella el penalti que clasificaba a Portugal para las semifinales de la Eurocopa.

No hay centímetro en su imagen que no reclame la atención. El reloj en la muñeca, aunque podría ser de pared, cargado de brillantes. El anillo, un sello de oro que ríanse ustedes de los que reparten a los ganadores de la NBA. Y, por supuesto, esos tatuajes que han hecho de su piel un lienzo sin fin. Símbolos y recuerdos, cicatrices de una vida. La cara de su madre, Fernanda, está grabada en la pierna izquierda; pero también su nombre, ya en el brazo derecho. En los dedos, *True Love*, el amor verdadero. Ojos que vigilan en la nuca. En el hombro izquierdo, el sufrimiento de El Salvador, Jesucristo, con su corona de espinas. Abundan los motivos religiosos. Los ángeles, la Virgen María, un rosario colgado del cuello, la paloma de la paz en el pecho. Estrellas y rosas. Una pequeña cruz en el pómulos derecho. A todo le da una explicación, menos a las dos lágrimas en la mejilla derecha de las que nunca habla: «Es algo muy personal». En el particular lenguaje carcelario acostumbran a darse diversos significados a las lágrimas tatuadas. Por ejemplo, una por cada muerte de un ser querido. Aunque en prisión también hay quien se graba una por cada asesinato cometido.

Gusta la literatura de historias de superación, de infancias en barrios marginales que aporten valor a las carreras de los jornaleros. En el caso de Quaresma, nada parece hiperbólico.

Los suburbios lisboetas como escuela de vida. La separación de sus padres a los cuatro años. Las dificultades económicas de Fernanda para sacar la casa adelante. «Nunca me faltó amor y comida en la mesa. Mi madre, que tenía tres trabajos, nunca dejó que faltara algo. Cuando empecé a ganar dinero siempre fue para la casa. No puedes olvidar a quien te ayuda. Dios quiera que mis hijos nunca vean lo que yo vi. Si tuviera



Quaresma, después del partido ante Hungría, en el que Portugal obtuvo su clasificación para octavos. R. GHEMENT / EFE

que morir por alguno de ellos [Ariana, Ricardo e Kauana], lo haría ahora mismo», explicaba el futbolista, este mes, en una entrevista al canal SIC portugués.

Fue allí donde se abrió en canal: «En Portugal, nunca me valoraron. Ni en el aspecto futbolístico, ni en el humano». En cuanto a su carrera como jugador, propia de trotamundos, sólo

su buenaventura en el Besiktas le permitió ganarse un puesto al amparo de Fernando Santos, casi un padre para él. Aunque tampoco olvida Quaresma situaciones vividas desde niño.

«Siempre sentí que me llamaban gitano para ofenderme. Pero se engañan. Yo estoy orgulloso de serlo. No hay pueblo más alegre», clamaba Quaresma, de madre gitana y padre

payo. «A ojos de los demás, siempre fui culpable. Hay gente que dice que no hay racismo, pero desgraciadamente no es así. Un día desapareció un abrigo en la escuela. Los padres, pronto comenzaron a decir que, sin duda, debí ser cosa del gitano. Más tarde, la verdad salió a la luz y se dieron cuenta de que no tenía que ver conmigo. Me siento orgulloso de lo

que soy». Y vuelve a la guillotina del prejuicio: «En el mundo del fútbol, tengo fama de ser muchas cosas. Pero yo nunca fumé. Tampoco bebí ni experimenté nada. Pero como soy de barrio y gitano...».

Se pasó toda una vida Quaresma reclamando respeto. Mientras, sus entrenadores intentaban aplacar esa rebeldía e irreverencia futbolística que tantas veces se le giro en contra. Asomó como campeón de Europa sub-16. En el Sporting de Lisboa, era Cristiano Ronaldo quien le admiraba. El Barça, que vio en él a un heredero de Figo, pagó seis millones de euros y la cesión de Rochemback para verlo gambetear por el extremo diestro. Tenía 17 años. «Hemos fichado al *Harry Potter* del José Alvalade», se congratulaba el presidente Joan Laporta aquel julio de 2003. Quaresma sólo jugó diez partidos como titular y marcó un gol. Como envoltorio, un sinfín de peleas con Frank Rijkaard y Ten Cate, entonces entrenadores del Barcelona. Hasta que se rompió el quin-

Un emigrante del fútbol

2001 DEBUT CON EL SPORTING. Sobrino del internacional Alfredo Quaresma y hermano del jugador del Rio Ave Alfredo Andrade, Ricardo fue tutelado en sus inicios por César Nascimento, mentor de Futre o Figo. A los 17 años, el rumano Bölöni le permitió estrenarse con el primer equipo del Sporting de Lisboa.

2003 FICHA POR EL BARÇA. Laporta tenía la esperanza de que fuera el nuevo Figo. Pero sus problemas con Rijkaard le llevaron a aguantar sólo un año.

2004 OPORTO, INTER, BESIKTAS... Regresó a Portugal, a un Oporto donde atrajo la mirada del Inter. No se entendió con Mourinho, fue cedido al Chelsea, y fichó en 2010 por el Besiktas. Tras un año en el Al-Ahli de Dubai, volvería al Oporto. En 2015, miró atrás y firmó otra vez por el Besiktas.

to metatarsiano del pie derecho, se perdió la Eurocopa de su país (2004) y acabó por explotar: «Rijkaard y yo no nos entendemos. Mientras él esté ahí, no volveré. Yo quería quedarme, pero me dijo que no jugaría». El futbolista tampoco le perdonó que no fuera a verle al hospital cuando se lesionó. Y luego, el reproche: «En el Barça no aprendí nada bueno».

Volvió al Oporto en la operación que trajo a Deco al Camp Nou. Se sucedieron los problemas con los seleccionadores lusos, Scolari, Queiroz, Paulo Bento... Un intento de resurrección en el Inter, amago de crepúsculo en el oasis de Dubai, amanecer otra vez en Oporto, pero ningún sitio como el Besiktas, donde se siente el rey. «Nadie me quiere más que los turcos». Aunque es Portugal la que suspira ahora por su gloria.